

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

25  
Cts

581

LAURA LA PLANTE

JOHN WAYNE  
JUNE CLYDE

ARIZONA



**LA NOVELA  
SEMANTAL CINEMATOGRAFICA  
MODERNA**  
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Mario Bistagne**  
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI BARCELONA N.º 581

ARIZONA 1931  
**ARIZONA**

Interesante asunto, inspirado en la obra  
de AUGUSTUS THOMAS, e interpretado  
por Laura La Plante, John Wayne,  
June Clyde, Forrest Stanley, Nena  
Quartaro, etc.



Es un film COLUMBIA  
Distribuido por

**Los Artistas Asociados**

Rambla de Cataluña, 66 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
JUAN DE LANDA



LA NOVELA  
SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
MODERNA  
DIRECCION GENERAL

Quinto y Suroeste-Maria Estrella  
Paseo de la Mar 10 y 12 - Teléfono 1800

1937 - BARCELONA - 12.500

Prohibida la  
reproducción

ARIZONA

El partido anual de rugby entre el Ejército  
y la Marina estaba a punto de terminar con la  
victoria de los marinos.  
En el banco de los suplentes, Bob seguía la  
competición con mirada anhelante. Estaba ner-  
vioso en extremo. El formaba parte del equipo  
que estaba a punto de perder, y no podía jugar  
por hallarse lesionado.

ES UNA FILM COLUMBIA

Los Artistas Asociados

Barcelona de Columbia

El partido anual de rugby entre el Ejército y la Marina estaba a punto de terminar con la victoria de los marinos.

Tip, Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

# ARIZONA

*Argumento de la película*

## I

El partido anual de rugby entre el Ejército y la Marina estaba a punto de terminar con la victoria de los marinos.

En el banco de los suplentes, Bob seguía la competición con mirada anhelante. Estaba nervioso en extremo. El formaba parte del equipo que estaba a punto de perder, y no podía jugar por hallarse lesionado.

—Lástima que no hayas podido jugar, Bob —le dijo uno de los suplentes—. Estoy seguro de que tú habrías dado un rumbo muy distinto al partido.



Al mismo tiempo, en uno de los palcos que se alineaban alrededor de la pista del inmenso estadio, alguien hacía esta afirmación:

—Si mi sobrino no estuviera lesionado, el Ejército ganaría.

El que había hecho esta manifestación era el coronel Frank, uno de los jefes más simpáticos con que contaba el Ejército en aquella comarca.

Tenía ya el cabello gris, pero conservaba aún la entereza y la agilidad físicas de la juventud.

Estaba rodeado de otros jefes del Ejército y de la Marina, y mientras aquéllos lamentaban el fracaso de los suyos, éstos se alegraban del buen papel que estaban haciendo los marinos.

De pronto, un rumor de emoción se levantó de todo el campo.

El Ejército acababa de hacer un gol, consiguiendo el empate.

En el banco de los suplentes se había desbordado la alegría.

Bob, sin acordarse de su lesión, se había abalanzado sobre el entrenador del equipo.

—¡Déjeme jugar! No puedo permanecer aquí teniendo la posibilidad de dar la victoria a mi equipo. Piense que un gol nos bastaría para ganar.

El entrenador no estaba menos nervioso que Bob, y sus vehementes palabras acabaron de aturdirlo.

—¡Juega si quieres!—repuso al fin.

Bob se quitó el uniforme con rapidez de transformista y cruzó el campo velozmente para ocupar su puesto.

Fué cuestión de dos minutos. Una magnífica y valiente arrancada de Bob terminó con la obtención de los puntos necesarios para el triunfo.

En seguida señaló el árbitro el fin del partido y el entusiasmo se desbordó entre los partidarios del Ejército, que aclamaban a Bob, el as indiscutible de su equipo y uno de los mejores jugadores de Norteamérica.

\* \* \*

El equipo victorioso de los cadetes de West Point estaba reunido en la academia militar después de la victoria, y ante ellos había un desfile continuo de admiradores que les felicitaban calurosamente.

Entre ellos apareció el coronel Frank. Se fue hacia su sobrino para abrazarlo efusivamente.

—Enhorabuena, Bob. Tú has ganado el partido. Si tu padre viviese, hoy sería feliz.

—El único padre que he conocido eres tú, tío Frank.

—Estoy orgulloso de ti, Bob, y no precisamente porque seas un as en el juego de rugby, sino porque destacas igualmente en tu carrera militar. Esta noche, en el gran baile que se prepara, te presentaré a mis amistades. Quiero ir preparando el cambio que ha de experimentar tu vida cuando acabes la carrera.

—Creo que te divertirás más sin mí, tío—



repuso Bob, evasivamente. En un salón estoy fuera de mi elemento.

—¡Hombre, sí que lo siento! Sólo por eso y por verte jugar he venido a Arizona.

—Voy a ser te franco, tío. Tengo una cita nada agradable y a la que me conviene mucho, no faltar.

—Ya sé que tu alejamiento de los salones no te ha privado de un continuo acercamiento a las faldas.

—Algún *flirt* sin importancia, tío. Un entretenimiento u otro había de tener. Pero pronto acabaré la carrera y he de romper viejos lazos.

—Haces bien—convino el coronel Frank—. Te quiero en mi regimiento, pero libre de compromisos.

Y, con estas palabras, tío y sobrino se separaron.

11

Evelyn Palmer estaba en su tocador acompañada de su hermana Anita, recién llegada del colegio.

Eran huérfanas desde hacía bastantes años y vivían en compañía de una tía que apenas salía de sus habitaciones, porque le horrorizaba el ambiente de las sociedades modernas.

Evelyn tenía a todas horas su casa abierta a los buenos amigos, y raro era el día que, a última hora de la tarde, no hubiera en el saloncito diez o doce cadetes que llenaban la casa con su alegría. Tocaban el piano, cantaban, bailaban, tramaban juegos familiares...

Desde hacía un año Bob había sido asiduo visitante de aquella casa, y Evelyn le había hecho objeto de su predilección desde un principio, lo que dió lugar a un *flirt* que tuvo ciertas complicaciones, hasta el punto de que Bob y Evelyn no se llamaban amigos, sino novios.

Anita tenía noticia de estos amores por las cartas que su hermana le escribía, y no necesitó hacer preguntas indiscretas para saber que Evelyn sentía hacia Bob un afecto sincero. Aquel corazón era incapaz de abrigar otra clase de sentimientos.

—Es raro que Bob no me haya invitado aún al gran baile de esta noche—declaró.

—Probablemente vendrá ahora a invitarte—repuso Anita, para tranquilizarla.

—No sé. No me fío mucho. En nuestras últimas entrevistas he notado en Bob algo extraño.

—Sin duda le preocupan los exámenes.

—No sé, no sé...

—Tranquilízate, Evelyn. Serás la esposa de un oficial de caballería.

Anita se quedó en el tocador cuando Evelyn salió a reunirse con sus amigos.

Todos tuvieron para ella una frase amable o una broma de buen gusto.

—Cuando venga Bob, dejádmelo. Tengo que hablar con él.



—Descuida, Evelyn. Nos limitaremos a felicitarlo por su éxito en el partido de esta tarde.

Y otro de los cadetes solicitó:

—¿Me permites que te acompañe al baile de esta noche?

—Gracias, pero he de ir del brazo del héroe.

—Entonces no he dicho nada.

En este preciso momento llegó Bob.

Sus amigos, cumpliendo la promesa hecha a Evelyn, se limitaron a saludarle y felicitarle.

Ella le cogió del brazo y lo condujo a la habitación inmediata al saloncito, donde, por primera providencia, exclamó:

—Te mereces un beso por el gol de esta tarde.

Y, uniendo la acción a la palabra, besó al héroe del partido.

—¡Qué orgullosa voy a sentirme esta noche—dijo después—cuando entre en el baile del brazo del héroe!

Pero Bob no mostró el menor entusiasmo ante la insinuación. Ni siquiera una sonrisa de gratitud.

—¿Qué te sucede, Bob?—inquirió Evelyn, comprobando su abatimiento con evidente inquietud—. ¿Algo malo?

—Cuando menos, es algo desagradable para nosotros, Evelyn. ¿Te has dado cuenta de que estoy a punto de terminar la carrera?

—En efecto.

—Pues bien, ya sé que entonces me mandarán al lejano Oeste.

Evelyn empalideció. Tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse al dolor del desengaño.

Aunque Bob no lo había dicho todo, ella adivinó el resto.

En efecto, el futuro oficial añadió:

—Tendré un sueldo demasiado reducido para casarme.

Había dicho esto sin levantar la vista del suelo. Evelyn sonrió amargamente.

—En resumidas cuentas, que esto es el final.

—Creo que encontrarás mi actitud justificada, Evelyn.

—Ante un hecho así, no hacen falta justificaciones, Bob.

Y se alejó de él sin darle tiempo a contestar.

Fué en busca de Hank, el cadete que le había propuesto acompañarla al baile, y le dijo:

—Si mantienes tu ofrecimiento, iremos al baile juntos esta noche.

—Encantado, conmovido y agradecido, Evelyn.

### III

Había comenzado el gran baile anual del Ejército y de la Armada.

El coronel Frank dialogaba con un jefe de la Marina, cuando una encantadora muchacha entró en el salón con una pelota de rugby.

—¡Señores!—dijo levantando la voz todo



cuanto pudo—. Va a subastarse el balón de los vencedores con la firma de todos los elementos del equipo. El producto se destinará a fines de caridad. ¿Cuánto dan por él?

—Cien dólares—dijo el tío de Bob.

—El coronel Bonham—repitió la subastadora—da cien dólares, y mi opinión es que sólo la firma de Bob Denton vale más.

—Ciento cincuenta—dijo una voz de mujer.

El coronel miró con curiosidad a la que había hecho la oferta. Era una simpática rubia que iba acompañada del cadete Hank. No la conocía. Ni siquiera sabía su nombre.

—Doscientos dólares—ofreció el coronel.

Y la rubia replicó inmediatamente:

—¡Doscientos cincuenta!

Hank la cogió de un brazo.

—¿Estás loca, Evelyn? Por doscientos cincuenta dólares te traigo yo un centenar de balones de primera calidad.

Evelyn vió que el coronel le dirigía una sonrisa y decía tranquilamente:

—Quinientos dólares.

Hank se llevó a Evelyn del brazo para evitar que cometiera el disparate de ofrecer setecientos cincuenta.

Pero ella le tranquilizó:

—No temas, Hank. Quinientos dólares es ya una cifra superior a lo que mis medios económicos me permiten invertir en una obra caritativa.

Se adjudicó el balón al coronel, y poco después se encontraba con Evelyn en un ángulo del salón. Estaba sola, mientras Hank bailaba

con una amiga de Evelyn que le traía de cabeza.

No pudo reprimir su deseo de hablarle.

—Aunque no nos conocemos, señorita, permítame satisfacer una curiosidad. ¿Se puede saber cuál es la firma del balón que tanto le interesa?

—Ninguna. Lo único que me interesaba era hacer una obra de caridad.

—Entonces he de pedirle perdón por haberle impedido realizar la buena obra.

—Acaso haya sido mejor que se lo lleve usted, coronel. Me recordaría un juego que he perdido.

Se acercó un capitán de la Marina que los conocía a los dos.

—Ignoraba que fueran ustedes amigos.

—Realmente, no nos podemos llamar todavía amigos, capitán—repuso Evelyn—, pues éstas son las primeras palabras que cruzamos.

—Entonces llego oportunamente. Les voy a presentar... El coronel Frank Bonham... La señorita Evelyn Palmer.

Se estrecharon la mano.

—¡Qué casualidad! Evelyn es mi nombre de mujer favorito.

—La verdadera casualidad es que a mí me sucede lo mismo con el de Frank—declaró Evelyn en un rasgo de franqueza.

—En vista de esta coincidencia—dijo humorísticamente el marino—, les dejo a ustedes, para evitar que ustedes me dejen a mí.

Y, a pesar de las protestas de Evelyn, se alejó de ellos.

—¿Le pesa a usted realmente que la haya dejado sola conmigo?—inquirió el coronel.



—¿Por qué ha de pesarme?—rió Evelyn.

—No sabe cuánto daría por saber si es usted sincera.

—¿Tiene usted algún motivo para dudar de mi sinceridad?

—Ninguno. Pero ¡es tan raro que a una muchacha como usted no le sea ingrato dedicar su tiempo a un hombre que le dobla la edad!

—No creo que una simple diferencia de años pueda hacer que una persona sea a otra desagradable.

—Pero cuando una persona es joven y otra es vieja...

—¿De veras se considera usted viejo? No conocía este aspecto de la coquetería masculina.

El coronel la miró a los ojos con profunda y emocionada simpatía.

—Antes—declaró—me parecía usted una mujer bonita y simpática. Ahora me parece usted mucho más, muchísimo más... Pero, ¡caramba!, me he puesto demasiado serio, y eso no es propio de una fiesta como esta, donde ha de reinar la diversión y la alegría. ¿Quiere usted que bailemos?

—Bailemos.

Y bailando estaban cuando entró Bob. Su mirada se encontró con Evelyn, pero ella la desvió en seguida. El, en cambio, continuó mirándola y mirando a su tío. Le había sorprendido sobremanera encontrarlos bailando juntos. "¡Si supiera mi tío que esa mujer es precisamente el "compromiso" de que le he hablado esta tarde!", pensó. "¡Y si supiera Evelyn que el hombre con quien está bailando es mi tío!"

No sintió ni pizca de celos, pero sí cierta contrariedad al advertir la rapidez con que Evelyn le había buscado un sustituto.

Acaso por eso salió del baile inmediatamente, para no volver. No amaba a Evelyn, pero le molestaba que Evelyn le pagara en la misma moneda. Con ello no hacía más que dar la razón a las mujeres cuando dicen que el hombre, en cuestiones de amor, es un egoísta inveterado.

No debía de pensar así Evelyn del coronel Frank, puesto que estuvo bailando y hablando con él toda la noche sin que pareciera echar de menos a Bob.

#### IV

Después del baile, las hermanas volvieron a reunirse en el cuarto tocador.

—Te has pasado la noche bailando con el coronel, hermanita.

—Es un hombre encantador.

—Tú sí que le pareces encantadora a él, por lo que he podido ver esta noche. ¿Qué sabes de él?

—Nada, excepto que ha venido de Arizona y que es soltero.

—Es poco, pero es bastante.

—Tampoco él debe de saber mucho de mí.



—Por lo menos lo de Bob no se lo habrás contado.

—Ni mucho menos.

—Total, que me he quedado sin conocer a ese gran calavera.

—¿No lo has visto esta noche en el baile?

—Acaso lo haya visto, pero como no sé ni siquiera cómo es.

—En fin, ni te hace falta conocerlo. Ahora sólo me he de preocupar de olvidarlo y creo que lo conseguiré.

—Y si el asunto se te presenta muy difícil—dijo Anita picarescamente—, le dices al coronel que te ayude, y asunto concluído.

En efecto, el coronel había de representar mucho en la vida de Evelyn.

Dilató su regreso a Arizona y no pasaba día sin que encontrara una excusa u otra para visitar a la muchacha que tan vivamente le había impresionado.

Otras veces se hacía el contradicho en la calle, en el paseo, en el mercado de flores, y poco a poco fué estableciéndose entre ambos un lazo que superaba en mucho al de la simple simpatía.

Un día, Evelyn le invitó a comer, y durante la sobremesa, aprovechando la circunstancia de que Anita les había dejado solos, el coronel exclamó:

—Estas comidas serán para mí inolvidables, Evelyn. Será lo más hermoso de mi solitaria vida en Arizona.

Y añadió:

—Arizona es un bello país. Estoy seguro de que llegaría a amarlo.

—¿Y si le dijera que lo amo ya?

—El coronel le miró emocionado. Había creído percibir en aquellas palabras un significado distinto al que tenían en apariencia. ¿Sería una simple gentileza de aquel alma delicada y generosa?

De un modo u otro fué lo cierto que ello animó al coronel a confesar, adquiriendo una expresión de gravedad solemne:

—He de decirle algo que no se aparta de mi pensamiento un instante, Evelyn.

Ella se turbó. Sabía muy bien qué era lo que el coronel tenía que decirle. Sin embargo, le animó:

—¿Qué es, Frank?

—¿Quiere usted ser la esposa de un viejo solterón y venir conmigo a Arizona?

Evelyn no contestó. Estaba demasiado emocionada. Y el coronel, interpretando mal aquel silencio, suplicó:

—Perdóneme si mis pretensiones le parecen disparatadas. El amor hace perder el juicio incluso a los viejos.

Entonces Evelyn replicó vivamente:

—Le prohibo terminantemente que vuelva a llamarse viejo. Y le prohibo también que me considere incapaz de corresponder al afecto de una persona que lo merece.

El coronel tuvo un gesto de alegría infantil.

—¿Debo tomar esas palabras por una respuesta afirmativa?

Y Evelyn, bajando la cabeza, repuso:



—Sí, Frank.

Sellaron el pacto con un abrazo lleno de ternura. Después comenzaron a hacer cábalas sobre el feliz futuro.

—¡Qué sorpresa se va a llevar mi sobrino cuando lo sepa! Es un gran muchacho. Ya te lo presentaré. Y lo más gracioso es que no se enterará hasta que nos hayamos casado, porque está de maniobras y tardará algunas semanas en volver. Le enviaremos los periódicos que hablen de nuestra boda y por ellos sabrá la noticia.

—El caso es, Frank, que yo no quisiera que dijeran nada los periódicos. Preferiría una boda discreta.

—Pues será el colmo de la discreción. ¿Estás contenta?

—Sí, Frank.

Y los futuros esposos volvieron a abrazarse.

## V

—Mi hermana Anita vendrá a pasar las vacaciones con nosotros.

—Me alegro mucho, Evelyn. Ya sabes que tu hermana me ha sido siempre muy simpática.

Estaban sentados a la mesa y era el tercer día de su matrimonio, y el tercer día también de su felicidad. Arizona había resultado para Evelyn

un país mucho más agradable aún de lo que ella esperaba, y Frank le parecía de hora en hora un esposo más perfecto.

Un ordenanza se presentó con un telefonema para el coronel, y Frank leyó:

“Me telegrafían boda. ¿Quién es ella? ¿Alguna cuarentona de tertulia? Dentro de dos semanas estaré contigo. Bob.”

El coronel se echó a reír de buena gana.

—Es el telegrama de felicitación de mi sobrino. Pronto estará con nosotros y lo conocerás.

Días después llegó Anita, que quedó también encantada del país y del ambiente de paz y felicidad que se respiraba en aquella casa.

Pero lo que más agradó a la traviesa hermanita de Evelyn fué el sentirse adulada y admirada por toda la oficialidad de la guarnición.

Pasaron algunos días más, y una mañana se presentó Bob en casa de su tío.

Se dieron un efusivo abrazo.

—Te dejé siendo cadete — dijo Frank —, y ahora eres todo un señor oficial.

—Y yo te dejé siendo libre y soltero y ahora eres todo un señor esposo.

Y como en aquel momento se presentara Evelyn, el coronel la presentó a su sobrino con estas irónicas palabras:

—Aquí tienes a la que desde hoy será tu tía, Bob. ¿Qué te parece la cuarentona?

Por un momento, tanto Evelyn como Bob, quedaron estupefactos, pero en seguida se dieron cuenta de que era indispensable disimular.

—Pues me parece, tío — dijo Bob, al mismo tiempo que estrechaba la mano de Evelyn —,



que por una cuarentona así también sería yo capaz de sacrificar mi libertad.

—Bien se ve que es usted sobrino de su tío —repuso la dama—. Por lo visto la galantería es en ustedes un don familiar.



—...¿Qué te parece la cuarentona?

En este momento se presentó Anita, la cual se detuvo para contemplar la arrogante figura de Bob.

El examen debió de ser satisfactorio, por cuanto dijo con vehemencia no disimulada:

—¿Y a mí no me presenta nadie?

Frank los presentó, añadiendo este comentario:

—¡Cuidado, Bob! Es peligrosa.

—Ya se ve—repuso Bob, al mismo tiempo que estrechaba la mano de la muchacha—. Pero ya sabes, tío, que para los militares el peligro es un placer.

Pero si grata había sido la impresión que a Anita le produjera, la violencia que Bob experimentaba ante la revelación que acababa de obtener superaba a cualquier otro sentimiento. Por eso mostró deseos de dejar cuanto antes la casa de su tío.

—Ahora que ya conozco a mi tía, iré a presentarme al cuartel, si me lo permitís.

—Yo le acompañaré al despacho del ayudante—le ofreció Anita.

—Creo que el teniente Denton no necesita cicerone—replicó Evelyn.

—Eso quiere decir—exclamó la muchacha, sin disimular su disgusto, pero siempro con su tono de buen humor—que consideras al teniente Denton demasiado peligroso para que yo le acompañe. Precisamente por ser “peligroso” quería acompañarle.

Y Anita estrechó la mano del oficial y se apresuró a retirarse, con el evidente propósito de verle marchar desde la puerta del jardín o tal vez de hacerse la enconradiza con él antes de que se marchara.



## VI

En dos semanas Bob apenas visitó la casa de su tío, pero un día se dió una comida en su honor y no tuvo más remedio que asistir.

Después de ella, Evelyn advirtió con desagrado que Bob y Anita paseaban por el jardín conversando animadamente.

Con el deseo de poner algún obstáculo entre ellos, les salió al paso y suplicó a Anita regresara a la casa, donde los demás invitados la estaban echando de menos.

Aunque no de muy buena gana, Anita obedeció, y Bob y Evelyn quedaron frente a frente.

De los labios de él se escapó una frase de despecho.

—¿Te casaste con mi tío porque te sentiste herida, verdad?

Y Evelyn repuso, sin alterarse.

—Te equivocas. Me casé con él porque le amaba y le amo.

—¿Quieres hacerme creer que no sabías que era mi tío?

—Aunque lo dudes, lo cierto es que Frank nunca me habló de ti.

—Aunque así fuera, no creo que te casaras con él por amor.

—¡Basta, Bob! De seguir así, vas a llegar a ofenderme, y eso no te lo puedo consentir. Amo a mi esposo como él me ama a mí.

—Entonces, ¿por qué has provocado esta conversación a solas?

—Muy sencillo, Bob: para suplicarte dejes en paz a Anita.

—Pretender mandar en la voluntad ajena, me parece excesivo.

—Anita es mi hermana, Bob. No quiero decirte más.

Y con estas palabras dió por terminada la enojosa conversación.

\* \* \*

Sin embargo, de poco sirvieron sus consejos. Bob comenzó a visitar la casa de su tío a diario, y era evidente que los lazos de simpatía que lo unieran desde un principio a la hermana de Evelyn se estrechaban cada vez más.

Llegaron a ser novios en secreto, y un día Bob se encontró con que amaba sincera y profundamente a Anita, y con que aquel amor se le presentaba como un problema imposible de resolver.

Y a fuerza de darle vueltas en la imaginación al complicado asunto, discurrió un plan que no tenía nada de sensato, pero que a él, dada su exaltación sentimental, le pareció maravilloso.

Corrió a comunicárselo a Anita.



—Tú sabes que tu hermana me odia, ¿verdad?

—Sí—repuso la muchacha, tristemente—. Dice que te portaste muy mal con una amiga suya.

Bob bajó la cabeza consternado.

—Es lo único de que puedo avergonzarme en la vida.

Pero pronto encontró en su amor la energía suficiente para reaccionar.

—Nos amamos, Anita—declaró con vehemencia—, y no vamos a consentir que un antiguo error mío destruya nuestra felicidad.

—¿Pero qué podemos hacer?

—Todo lo tengo meditado. Pasemos la frontera de Méjico y volvamos casados. En un avión realizaremos el viaje en pocas horas. Mantendremos nuestro matrimonio en secreto mientras nos sea posible, pero así tendremos la seguridad de que nadie podrá evitar que seamos el uno para el otro.

Al principio el proyecto pareció a Anita disparatado, pero también ella estaba profundamente enamorada, y Bob tuvo que luchar muy poco para convencerla.

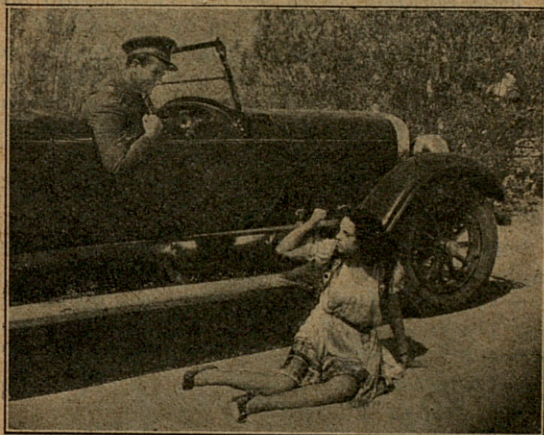
Un día, cuando Bob regresaba de un solitario viaje en automóvil, relacionado con los trabajos del cuartel, se encontró sentada en medio de la carretera a una muchacha que daba muestras de desesperación.

Bob detuvo el coche, y, a una pregunta suya, la joven repuso:

—Unos amigos que estaban más borrachos que yo me dejaron en medio de la carretera.

Bob comprendió que se trataba de un vulgar incidente de cabaret y ayudó a la muchacha a

subir al coche para conducirla al cuartel y dejarla allí hasta que estuviera en condiciones de continuar su camino.



*...se encontró sentada en medio de la carretera a una muchacha que daba muestras de desesperación.*

Ella no opuso la menor resistencia. Por el contrario, se mostró entusiasmada al encontrarse al lado de un oficial tan arrogante como Bob, y para demostrárselo, le echó los brazos al cuello y le dio un beso en la mejilla.

Bob, de momento, no dió importancia al incidente, pero se quedó de piedra al levantar la



cabeza y ver el coche de su tío, que conducía Evelyn.

Era evidente que su cuñada le había visto en el preciso momento, en que aquella desdichada le tenía abrazado, y en seguida comprendió las complicaciones que ello había de ocasionarle.

Por eso, apenas llegó al cuartel y entregó a la muchacha con la orden de que la trasladaran a la enfermería, se dirigió a casa de su tío con el propósito de dar a Evelyn las debidas explicaciones.

Pero Evelyn le recibió con inexorable frialdad.

—Después de lo que he visto, sobran todas las explicaciones.

—La encontré en el camino. Estaba borracha.

—¡Parece mentira! Acompañar un día a mi hermana y otro a una cualquiera.

—Yo te aseguro...

Pero Evelyn le atajó:

—No consentiré que vuelvas a ver a Anita.

Bob, exasperado, la cogió por los brazos y la zarandéo nerviosamente.

—Necesito que me escuches. He de decirte que es demasiado tarde para alejarme de Anita.

—En vez de escucharte te echaré de aquí—replicó Evelyn, tercamente.

Notó que los dedos de Bob se crispaban sobre sus brazos y la asían con más fuerza, mientras el teniente repetía exasperado:

—¡Has de escucharme, has de escucharme!

En este momento, vió Evelyn que llegaba su marido, y concibió una diabólica idea para li-

bertar definitivamente a Anita del peligro de Bob.

Gritó desesperadamente:



*...la cogió por los brazos y la zarandéo nerviosamente.*

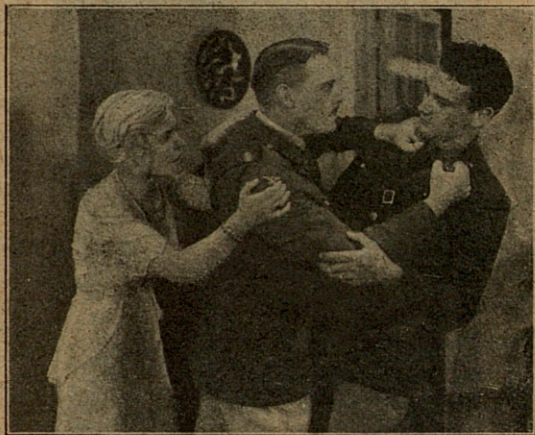
—¡Socorro, Frank!

Y el coronel, que en aquel preciso instante cruzaba el umbral, creyó comprenderlo todo, e instantáneamente, al ver a Evelyn entre los brazos de su sobrino.



Frank se abalanzó sobre Bob y lo zarandeó furiosamente.

Sólo las súplicas de Evelyn lograron poner un freno a su exasperación, y dijo, dando la escena por terminada:



*Frank se abalanzó sobre Bob...*

—Espero que mañana pidas la excedencia y salgas de Arizona inmediatamente.

Bob estaba tan aturdido, que no acertó a pronunciar palabra. Por otra parte, su caballeridad le impedía decir a su tío que tenía por esposa a una farsante.

Bajó la cabeza y salió de la habitación, encontrándose con Anita, cuyos ojos le miraban

interrogadoramente, al advertir su estado de ánimo.

—No puedo decir nada, Anita—declaró sin apenas levantar la cabeza.

Y salió de la casa.

\* \* \*

Al día siguiente, Evelyn se encontró a Anita en su habitación llorando desconsoladamente.

Fué inútil que tratara de atenuar aquella pena. Bob le había escrito unas líneas comunicándole la necesidad de emprender un largo viaje.

—Se va y no podré vivir sin él—dijo entre sollozos.

—Es preciso que lo olvides, y créeme que te recomiendo esto pensando sólo en tu bien.

Y entonces Anita exclamó, desesperada:

—¡Eso no puede ser, Evelyn! Es demasiado tarde. Bob y yo estamos casados.

Evelyn se quedó petrificada. Tardó un buen rato en poder darse cuenta de la gravísima situación que había creado con su farsa. Dejó a Anita con su llanto, que ahora se explicaba muy bien, y se dirigió al cuartel en busca de Frank y dispuesta a poner remedio a la situación, aunque fuera a costa de su propia felicidad.

—He venido a pedirte que perdones a Bob—dijo resueltamente a su marido—. No sabía lo que hacía. Estaba borracho.



—Hay faltas que no pueden perdonarse—repuso Frank severamente.

—Es preciso que lo perdones, Frank. Bob y Anita se casaron hace dos meses.

—Eso agrava su ofensa.

—Es que no hay tal ofensa, Frank—se vió precisada a confesar Evelyn—: fué todo una farsa para librarme de él. Quería alejarle de Anita y no se me ocurrió más que ese medio.

Pero Frank no daba crédito a sus palabras.

—No te creo, Evelyn. Tratas de salvar la felicidad de tu hermana y no consentiré que te sacrificques por ellos.

Evelyn bajó la cabeza.

—Veo que tengo que decirte toda la verdad, Frank.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Quise alejar a Bob de Anita para que no la engañara como me engañó a mí. Antes de conocerte, Bob y yo fuimos novios. El me dejó y yo no tuve valor para decírtelo. ¿Comprendes ahora por qué temía que se burlara de Anita? Sin embargo, he podido convencerme de mi error al saber que no se trataba de un simple flirt, sino de un amor que le ha llevado incluso al matrimonio.

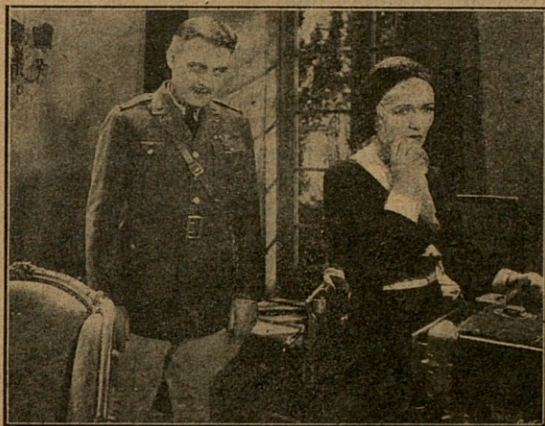
Dicho esto, y aprovechando la estupefacción que sus palabras habían producido en Frank, Evelyn salió del cuartel y regresó a su casa.

Frank quedó un momento pensativo y se echó a reír, satisfecho de que todo hubiera sido una farsa, con lo que podía seguir sintiéndose orgulloso de Bob.

Se dirigió a su cuarto y lo encontró acompa-

ñado de Anita. Esta le suplicaba que no se marchase, pero él seguía arreglando su equipaje silenciosamente.

Se acercó y le puso una mano en el hombro.



*...donde se encontró con que Evelyn estaba arreglando también su equipaje.*

—Suspende esa desagradable tarea, Bob. Vengo a decirte que tu petición de excedencia ha sido rechazada.

Bob le miró con extrañeza, y Frank se echó a reír alegremente.

—Más tarde te lo explicaré todo y te pediré perdón por haber dudado de ti. Ahora abraza y consuela a tu mujercita.



Y mientras Bob y Anita, que no deseaban otra cosa, se daban un abrazo, Frank regresó a su casa, donde se encontró con que Evelyn estaba arreglando también su equipaje.

—¿Me permites que te ayude, querida?— preguntó burlonamente.

Y abrió las maletas y comenzó a vaciarlas.

Evelyn, a través de sus lágrimas, sonrió:

—¿Eso quiere decir que me perdonas?

—De ningún modo—repuso Frank, riendo.

Y para demostrar hasta dónde llegaba la ironía de sus palabras, atrajo hacia sí el cuerpo de su esposa y le dio un abrazo tan lleno de ternura, tan apasionado, como el que Bob acababa de dar a Anita en presencia suya.

## FIN

Sírvase pedirnos los nuevos catálogos de "Ediciones Bistagne" y se los remitiremos seguidamente

### EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

## Ediciones especiales

Precio popular: 1 pta.

Últimos éxitos publicados:

### CHERI - BIBI

(producción hablada en español)

por Ernesto Vilches, María Ladrón de Guevara

### BÉSAME OTRA VEZ

(deliciosa opereta)

por Bernice Claire, Walter Pidgeon

### CAMAROTES DE LUJO

(producción hablada en español por dobles)

por Edmund Lowe, Lois Moran, Greta Nissen

### LOS HIJOS DE LA CALLE

por Víctor Francen, Gabý Morlay, etc.

### LA DIVORCIADA

por Norma Shearer, Conrad Nagel, etc.

Acaba de aparecer la fantasía de Cecil B. De Mille

### MADAME SATÁN

por Reginald Denny, Kay Johnson, Lillian Roth

En preparación:

### ¿CUANDO TE SUICIDAS?

por Imperio Argentina

### ¡SIEMPRE LO MEJOR!



## La Novela Cinematográfica del Hogar

### Números publicados:

1. Puertas cerradas · 2. Madre pecadora · 3. Estrella simbólica · 4. La losa del pasado · 5. La mujer de Saffanás.  
6. Jimmy, el misterioso · 7. Nueva mujer, nueva vida.  
8. Amanecer · 9. Tras la cortina · 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) · 11. En la vieja Arizona · 12. Honrarás a tu madre · 13. Nobleza baturra · 14. Su majestad El Amor · 15. Amor sinestro · 16. Eugenia Grandet · 17. Ana contra el mundo · 18. La hermana blanca · 19. De mujer a mujer · 20. Mujeres frívolas · 21. No me olvides · 22. El caballero del amor · 23. Estrellas fugaces · 24. Tobillos de oro.  
25. En nombre de la amistad · 26. El prisionero de Zenda.  
27. Sentas traicioneras · 28. El príncipe Stravos · 29. Fútbol, amor y toros · 30. Hombres peligrosos · 31. Sed de cariño · 32. Luna de miel · 33. Shari (la hechicera oriental).  
34. El príncipe de los diamantes · 35. Una mujer en Wall Street · 36. Las tres hermanas · 37. Cara o cruz · 38. La calle del azar · 39. La batalla de París · 40. Malas compañías · 41. El conquistador · 42. La caza del millón · 43. El enemigo silencioso · 44. El príncipe X · 45. Canción gitana.  
46. ¿Quién disparó? · 47. El capitán Tormenta · 48. Arco Iris · 49. Estrellas del «Edén» · 50. Siete días con licencia.  
51. ¡Que hombre tan guapo! · 52. Bafaclán · 53. La santa amistad · 54. Dramas del circo · 55. El reporter del diablo.  
56. Vértigo del tango · 57. La noche es nuestra · 58. El premio de belleza · 59. ¡Siempre alerta! · 60. El misterio de Villa Elena · 61. El testamento Nodelkof · 62. Oro y sangre.  
63. Ingenuidad peligrosa · 64. La locura del oro · 65. Hermanas frívolas · 66. Estrellas de Occidente · 67. ¡Desamparado!  
68. Un plato a la americana · 69. La casa de la flecha · 70. es defensor · 71. Jóvenes pecadores · 72. Esposas de médicos · 73. Su hombre · 74. ¡Vaya mujeres! · 75. Todo por el aire · 76. Flor de pasión · 77. Por un par de pijamas.  
78. Pobre tenorio · 79. Música de besos · 80. El otro yo.  
81. El camello negro · 82. A toda marcha · 83. Me voy a París · 84. Gordas y flacas · 85. Estaré sola a media noche.  
86. El hijo pródigo · 87. La aventurera · 88. Tres muchachas francesas · 89. El temerario · 90. Mi padre es un fresco.  
91. Ternura · 92. Rascacielos · 93. Un provinciano en París.  
94. Diosas de Montmartre · 95. La huerfanita.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor



Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA

---